

perado no lo descubrirá, pues para él permanece ignorado e incomprensido”.



El último libro que nos ocupa se titula *Espacios relojes y tiempo*, de la profesora de la Universidad del Quindío Luz Amparo Palacios. Aquí “el milagro del estilo”, del que veníamos hablando, ese aligeramiento del lenguaje mediante el cual los significados son canalizados en el tejido verbal sin dejarse notar, no se da. Todo lo contrario, tan sólo diecisiete textos dan la sensación de ser muchos para tan poca poesía. Aquí el estilo no se vuelve piel, se queda en la superficie como simple ropaje, maquillaje o engrudo. La profesora Palacios, en su texto titulado “Espacio de poesía” nos ofrece su propia definición: “Poesía es anudar y desatar sentimientos”. Yo agregaría que es también anudar y desatar pensamientos. “Pero es que la poesía no es simple razón o simple sentimiento, es necesario recuperar para ella la perdida unidad de pensamiento e imagen. En la poesía hay imagen, pero, paradójicamente, como imagen del pensar o imagen del pensamiento” (Roberto Juarroz, *Poesía y realidad*, Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, 1980, pág. 39). Extirpar el pensamiento de la creación poética, como

afirma Juarroz, la empobrece sin remedio, la deja en la superficie, en la epidermis. No existe pensamiento sin emoción ni emoción sin pensamiento en el ejercicio de la poesía; pensar es lo contrario a fragmentar. El resultado de esta dicotomía produce versos como:

*Hoy he creado
un vuelo de palomas
con el caer
postrero de la tarde.*

*Es la hora ...
la hora
del grito lacerante,
de las reminiscencias,
del árbol
del sendero.*

*Desde el jardín fantástico de los
/días pueriles...*

*Cuando escribí tu nombre
en la arena
las estrellas del cielo
se descuajaron
y el espacio
quedó mudo
taciturno.*

Estos versos muestran una construcción verbal, mas no una estructura verbal. Un gaseoso centenarismo, débil, vacuo, cargado de adorno inútil: vuelve a pasar por estas páginas. Algo superficial, ornamental y caduco pide nuevamente considerar una emancipación de la retórica y el gramaticalismo:

*¡Silencio! /Silencio todos,
para iniciar el drama.
El reloj ha marcado su
/sentencia.
El telón se levanta
para dar juego
a la imaginería. /Silencio...*

El gusto por la sonoridad, la eufonía, lo declamativo de un libro como *Espacios relojes y tiempo* muestra tan sólo nuestro gusto, nuestra debilidad por volver a la retórica. Recuerdo en este punto la sentencia de Cioran cuando afirmaba: “No hay negador que no esté sediento de algún catastrófico sí”. Año-ranza, imágenes prefijadas y gastadas, léxico premeditadamente lírico, un “yo

poético” postizo, el desahogo sentimental, son algunos de los rasgos que contaminan estas páginas. Escuchemos, para terminar, las palabras complacientes de la profesora de la Universidad de los Andes Betty Osorio, para el prólogo de este poemario: “Esta poesía se reconoce en deuda con la tradición poética de Hispanoamérica, pero al mismo tiempo tiene el valor de ser testimonio personal de una mujer comprometida con sus propios valores y con su cultura”.

JORGE H. CADAVID

Escenas de caza

En la raíz del grito

Mauricio Contreras

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1995, 87 págs.

En la raíz del grito, tal como se titula el segundo libro de poemas de Mauricio Contreras, están y desde allí son dictadas sus palabras. En el centro de la ansiedad, en el filo del riesgo, en los nervios de la desolación, reside lo que desde su primer poemario, *Geografías* —una buena muestra de él hay en este libro—, ha delineado su voz. Todo lo que nombra está erizado por ello. Un grito más angustioso aún, pues, antes que exaltado, emitido ante un paisaje abiertamente tranquilo, refiere al sobresaltado, al que se suelta, una y otra vez, sólo cuando se está atrapado —para decirlo desde la atmósfera de estos textos— en el ampuloso y sonoro vacío de una cisterna. De hecho, la palabra de Contreras no descubre sino “la campana rota del miedo, el rasgado eco de lo punzante, de lo que hierde. Sus ojos no insisten en sondear lo insondable; miran y revisten de deleite la crudeza de las visiones más reales. Las escenas que componen los escritos de Contreras suceden de verdad, no contienen ficción, ni artificios, excepto allí donde el poeta lo obliga el proceso de construcción del poema. Proceso que, en fin de cuentas, se desenvuelve en función de mitigar y limar las asperezas de la rea-

lidad. De hecho, el libro está cargado de recursos en este sentido. Recursos que buscan con las palabras dar forma a lo informe, y no podría ser distinto si consideramos que la poesía no hace cosa diferente de ennoblecer aquello que por naturaleza es innoble, a cubrir de anhelo a lo que...o a quien no lo posea. Por ello, y sin embargo, la poesía —así no los da a entender Mauricio Contreras, en uno de sus más reflexivos poemas, en *La poesía tiene el nombre de nuestra divinidad* (pág. 52) —, ...la poesía... “recupera un olor de infancia que en su despliegue y entre los desechos, borra la temporalidad sucesiva y causal de lo cotidiano, lo atormenta y descompone restituyéndolo otro en el drama, ceremonia, juego, baile de máscaras, en esa incesante operación que, a pesar nuestro, nos moldea y proporciona la anhelada imagen en la cual nos reconocemos”. La signografía de ese olor (rastros dejados por lo que fue, o por lo que no se ve) *En la raíz del grito* esboza los espacios que nos negamos a reconocer aun en la conciencia de que los moramos. Espacios en los cuales los personajes que los habitan (en buena medida nosotros mismos) se movilizan sin la menor seguridad esencial. En efecto, no hay un único lugar en los textos de Contreras en que no haya la urgente necesidad de franquear el miedo, de mantener alerta los cinco sentidos: abrir los ojos para esquivar las arquitecturas destrozadas; agudizar los oídos para que un sordo rumor no anegue nuestra alma; el tacto para presentir en la caricia del amante la mano del asesino; el olfato para huirle a los aromas del incendio o al olor a miedo; el gusto para no paladear cenizas. Y no esperaríamos menos al concluir que esa dura película se está rodando permanentemente en cuanto sitio se concentra el hombre —Bogotá en la experiencia de Mauricio Contreras—. En ella se cuele desapercibido y relata justamente la faz indigente, la que subyace bajo los puentes, la del mendigo como la del maleante. Su fisonomía la describe en poemas como el titulado *Ceremonias* (pág. 31). Es su intemperie la de *Bajo los puentes* (pág. 50). Y sus linderos son los que encierran el campo reservado de caza en *Escenas de ca(S)a* (pág. 41).

En la raíz del grito está compuesto por tres raicillas, que en verdad, desde el punto de vista temático —aparte lo antes explicado— guardan poca unidad. En “Silabas de escarnio” (primera parte del libro) la preocupación primaria es la dilucidación de lo que corresponde a la poética y de lo que pertenece al poeta. En “Bajo los puentes” (segunda parte del libro) la constituye el hombre en su condición más desafortunada. Y en “Geografías” (tercera parte y, a mi parecer, la mejor lograda del libro) el asombro inevitable de los enigmáticos escenarios de la Conquista.



Se debe hacer resaltar la fe que Mauricio Contreras pone en las palabras, en su uso y en el del lenguaje; quizá por ello olvide la importancia del cuerpo del poema, de su plasticidad. La poesía, como Dios, está en todas partes, pero aceptemos que a ella, en cuanto utensilio de espiritualidad, no la encontramos sino en el poema. No interesa la forma concreta que al ordenarla en versos tenga, pero sí la que visualizamos en la medida en que la vamos leyendo. Esta habilidad de modelador le cuesta a Contreras. Sus poemas (no sus versos ni su poesía) vacilan como estructuras. Al leerlos, nos agota cierta monotonía rítmica, la música típica de las enumeraciones. Con todo, nos deja su lectura la satisfacción de un viaje a lo largo y ancho de un mapa abierto a nuestra curiosidad, aunque abundante en runas sangrientas y donde confundimos los signos de la partida con los del regreso. Lugares... —todo lo que sigue forma parte de *La poesía tiene el nombre de nuestra divinidad* (pág. 52)—... “iluminados por el relámpago de nuestra pro-

pia desnudez que nos dejan impávidos. Visión de golondrinas muertas anunciando sequías y tormenta, mientras el afán creciente nos cerca.

“Tribulaciones que no conducen a parte alguna, que no alteran el progreso, que se escurren entre más tentativas de darles explicación o respuesta. Voces, imágenes, fantasmas agitando lo que ya se presagiaba como un mar muerto”.

GUILLERMO LINERO

Ejercicios de calentamiento

Primeros poemas

Aurelio Arturo

Revista Literaria Gradiva, Santafé de Bogotá, 1996, 52 págs.

“Al cumplirse 20 años de la muerte de su autor”. Corresponde a una investigación adelantada, según la discreción lo permite entender, por Santiago Mutis Durán, pero contando “con la amistosa complicidad de Arnulfo Julio, Álvaro Rodríguez Torres, Elsa Matilde Escobar y Álvaro Miranda”, investigación adelantada en dos etapas (años 1976 y 1994) en la Biblioteca Nacional, “con la generosa colaboración de Carlos José Reyes”. La edición abunda en elegancias de este tipo, cosa hoy poco usual.

Como no es procedente reseñar poemas, y mucho menos poemas cuya autenticidad fue dejada en entredicho por su autor, que luego de publicados, no los volvió al primer plano de su reconocimiento, paso al comentario que procede en este caso. Para la filología, es objeto de cautela un texto cuyo autor lo mantuvo apartado de su definitivo reconocimiento posterior. (El caso de Giovanni Quessep con *Después del paraíso*, v. gr., sin mencionar a su inédito *Gardenias del pantano*, entre nosotros). Otro es el caso de los inéditos o de las ediciones camufladas en claves, seudónimos, criptónimos o heterónimos, por cuestiones de censura o de estrategia creativa; pero, en tales cir-